

LA RADIO

Desde que se había quedado viuda dos meses antes, mi vecina Leonor ponía la radio a todo volumen. Seguro que oía bien, era joven, tenía sesenta y dos años como yo, aunque su aspecto últimamente era descuidado. Escuchaba Radio Nacional de España desde las siete y media de la mañana cuando se levantaba hasta las once de la noche cuando se acostaba. Pero ¡Qué digo escuchaba! Parecía que la radio le servía para tener un poco de ruido en casa o hasta para esconder algo, ¿su llanto?, ¿sus llamadas?, ¿sus conversaciones? Solo salía de casa los lunes para comprar. Tampoco entonces apagaba la radio y yo ya no lo aguantaba más.

Hace tres semanas, cuando la oí abrir la puerta de casa, un lunes por la mañana, salí al rellano y la saludé:

- ¡Hola Asunción! – me contestó, dirigiendo su mirada hacia el ascensor
- Perdona, – siguió – pero tengo un poco de prisa.
- Solo quería pedirte que bajases el volumen de la radio. Me he jubilado y ahora estaré mucho más en casa. – le dije mientras ella se dirigía rápidamente a llamar el ascensor.

Leonor se dio la vuelta, levantó los ojos que hasta entonces habían mirado el suelo ya viejo del rellano y me lanzó una mirada aterrorizada como si estuviese ante una amenaza. Cogió el ascensor y desapareció. Me quedé sin palabras y pensé que mis sospechas eran casi ciertas. Leonor estaba perdiendo la cabeza.

Leonor y yo nos conocíamos desde hace treinta años. Cuando vine a vivir en este edificio ella ya estaba aquí. Acababa de casarse con Juan, un militar reservado al que no le gustaba hablar por hablar. Yo había empezado a trabajar en uno de los mejores gabinetes de abogados de Madrid. Ella tuvo una hija al año siguiente, Elena, su único tema de conversación cuando nos cruzábamos en el ascensor o en el rellano. Había sido una niña callada como su padre, muy tímida y frágil. Me ponía al día de sus progresos en los estudios de Enfermería primero y en su trabajo después. La última noticia que había tenido de Elena era que había encontrado trabajo en Inglaterra. Yo escuchaba

por cortesía y me mostraba interesada. En realidad, deseaba que terminara pronto para poder marcharme. No me interesaban todos aquellos detalles familiares y cotidianos, mejor dicho, me irritaban sumamente.

Aquel lunes Leonor tardó más de lo normal en volver a casa de la compra. Cuando oí la puerta del ascensor abrirse, miré por la mirilla y la vi llegar cargada de pesadas bolsas de la compra como si tuviera que dar de comer a un ejército. La oí abrir y cerrar la puerta de su piso y me fui a la cocina donde más se oía su radio, expectante. Quería ver si bajaba el volumen, pero nada, la locutora seguía hablando con su tono de voz penetrante e intenso. Prestando atención, también oí algunos golpes de tos de Leonor.

Mi vida ha sido sin alguna duda mejor que la suya. Para empezar, estudié derecho en la Universidad Autónoma de Madrid y luego, después de unos pocos años de prácticas en un gabinete de abogados, abrí mi propia consulta jurídica especializada en derecho fiscal. Siempre he sido muy determinada, segura de mí misma. Algunos dicen que también dura e implacable en los negocios y en los juicios que he defendido. Grandes empresas necesitaban de mi asesoramiento jurídico para sus inversiones en España y en el extranjero. He viajado mucho, sobre todo a Suiza y Andorra. No he estado mucho en mi casa de Madrid. Los fines de semana iba a mi chalet en la sierra y en las vacaciones a mi casa de Valencia en primera línea de playa. ¡Ahora que podía disfrutar un poco de mi casa de Madrid me surgía este inconveniente desesperante de la radio de Leonor! ¡Qué mala suerte!

Aquella noche no pude casi dormir. Estábamos en estado de alarma debido a la propagación del coronavirus. ¡Ya no podía salir de Madrid y tendría que aguantar a la loca de mi vecina durante muchos días y muchas noches! Mis vecinos ya se habían ido a sus casas de la costa o de la sierra, yo me había quedado atrapada al no pensar que el confinamiento fuera a durar tanto tiempo. En nuestro edificio solo quedábamos Leonor y yo. La radio finalmente se había apagado y el silencio que le siguió amplificaba aún más los golpes de tos de Leonor, cada vez más frecuentes y secos. Dando vueltas en la cama, pensaba en la mala suerte que había tenido en tener una vecina trastocada. Tampoco tenía mucha más gente en la que pensar.

Mis padres se habían muerto hace años. No pude asistir a ninguno de los dos funerales porque entonces estaba de viaje, de todas formas, mandé dos coronas de calas blancas para cada uno con un lazo dorado que decía: Vuestra hija favorita Asunción. Con mis hermanos y hermanas ya no me hablaba después de todos los problemas que hemos tenido con el reparto de la herencia de mis padres y por lo que se refiere a los novios, nunca encontré a nadie que fuera igual que yo, con mi formación, mi cultura, mi posición social, laboral y económica. Siempre me contenté con aventuras que desde el principio sabía que se terminarían pronto. Y ahora me tocaba esta descerebrada de Leonor.

Me levanté y salí al balcón a las doce de la noche para hacer algo que me ayudase a conciliar el sueño. Vi que la luz del salón de Leonor estaba encendida. ¡Por lo menos desde allí no la oía toser! Me fijé por primera vez en su balcón. Tenía muchas plantas muy bien cuidadas, flores recién brotadas y protegidas con un plástico del frío rígido de Madrid de finales de marzo. Tenía regaderas de diferentes tamaños y herramientas para cuidar las plantas que nunca había visto en mi vida. Tenía también un caballete con un cuadro no terminado, secándose. Había empezado a pintar un paisaje natural que podía ser una gran pradera rodeada por bosques. Veía también un tendedero. Me extrañó que tuviese tanta ropa tendida y sobre todo que utilizara ropa tan juvenil como pantalones del chándal blancos y sudaderas con capucha.

Volví a meterme en la cama y empecé a sentir toser y ruidos raros en el piso de Leonor, como si alguien estuviese rebuscando en armarios y preparando una maleta. Pareció incluso que Leonor hablara con alguien, ¿estaba llorando?, ¿estaba hablando sola?, pero yo ya estaba muy cansada. Seguramente estaba soñando y finalmente me dormí.

A la mañana siguiente me levanté tarde, desayuné y me preparé para ir a comprar. Estábamos en estado de alarma, pero me faltaba pan fresco así que me decidí ir a comprar. Al salir vi que alguien había dejado debajo de la puerta una nota que abrí enseguida “Cuida de mi niña hasta que vuelva, por favor” ponía “Tengo que ir al hospital. Te dejo las llaves debajo del felpudo. Leonor”.

¿Cuida de mi niña? - pensé - ¿De quién? ¿De Elena? ¡Si hacía un montón de tiempo que Leonor no me hablaba de ella y casi me había olvidado que tuviera una hija! Pero, ¿no estaba en Inglaterra? ¿Qué hacía encerrada en su casa? ¿Desde cuándo estaba allí dentro? ¿Por qué Leonor nunca me había dicho nada? ¿Qué le pasaba a Elena?

Abrí mi puerta y cogí las llaves debajo del felpudo. Abrí la puerta de Leonor sin pensármelo dos veces y entré por primera vez en aquel piso. Era simétrico al mío así que al principio me confundió. Empecé a mirar las paredes cubiertas hasta el techo de cuadros pintados con paisajes. Seguí por el largo pasillo hasta llegar al salón. Aquí también había cuadros, y además muchas plantas, fotografías de Juan y un acuario lleno de peces. Seguí hacia las habitaciones. La primera con una gran cama de matrimonio y más fotos de Juan estaba vacía. En la siguiente, tumbada en la cama y con los ojos bien abiertos y aterrorizados, allí estaba, Elena. La reconocí, aunque estuviese mucho más gorda y pálida de la última vez que la vi.

- No me hagas salir, Asunción, por favor. Tengo miedo, me da pánico salir a la calle, no puedo – me dijo llorando con un hilo de voz quebrada. - No quiero ver a nadie. No quería que mi madre te lo dijera. Me voy a arreglar yo sola hasta que vuelva.

Volví a mi piso de al lado y aunque ella no quería empecé a hacerle la comida y a lavarle la ropa. Algún rato me quedaba con ella así, sin decir muchas cosas, simplemente para hacerle compañía. Cuando terminó el estado de alarma le dije a un médico que fuera a visitarla a casa. Ahora es ella la que riega las plantas del balcón y empieza a salir de su depresión.

Leonor nunca volvió del hospital. No tiene por qué preocuparse. Cuidaré yo de su niña.